



PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en Administracion que en las librerías.)

Por tres meses..... 8 reales.
Por un año..... 30

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto DOS cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripcion.
La correspondencia al ADMINISTRADOR DE JAQUE-MATE.

Director: A. SANCHEZ PEREZ.

PRECIO EN PROVINCIAS.

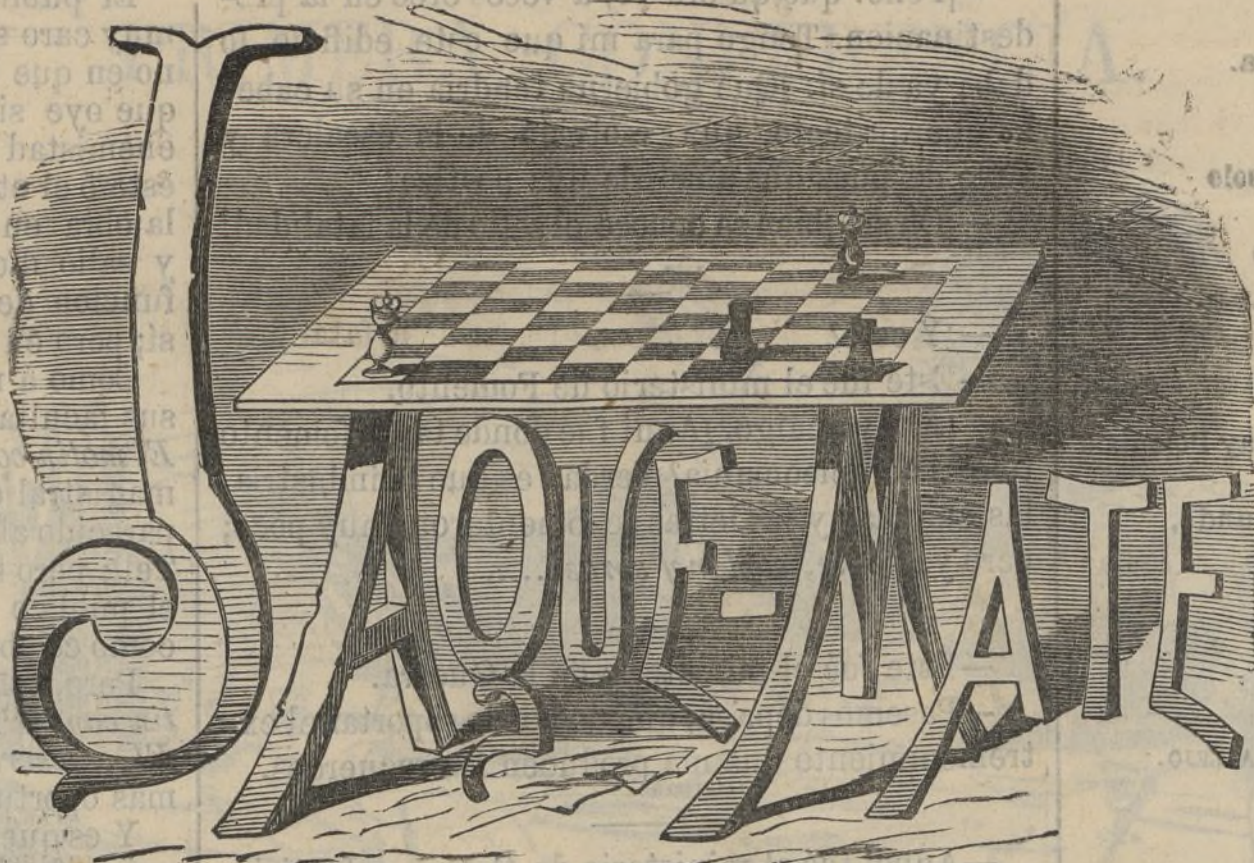
Por tres meses en la Admon.... 10 rs.
Por un año..... 36 »
EXTRANJERO.—Por tres meses.... 20 »
ULTRAMAR.—Un año..... 80 »

Se publica dos veces á la semana, JUEVES y DOMINGOS.

Administracion y Redaccion,
San Roque, 12 y 14, bajo.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: DANIEL PEREA.



PERIÓDICO MALDICIENTE.

JAQUE-MATE.

COSAS DE POR ACA.

Cuando estas humildísimas frases que yo escribo ahora lleguen—pintadas sobre el papel—á manos de los lectores, Madrid será probablemente un áscua de oro.

Las tropas de la guarnicion *tendidas* en la carrera; la milicia ciudadana cumpliendo heroicamente con la más grave tarea de su instituto, que,—como es sabido,—se reduce á dar mayor brillo y lustre mayor al soberano; ayudantes de campo corriendo de acá para allá con el propósito de comunicar órdenes para que tal regimiento se corra dos metros más á la derecha, ó se incline hacia la izquierda; generales que lucirán vistosos uniformes, entorchados brillantes, y bandas y cruces; la muchedumbre contemplando ansiosa aquel espectáculo que tan caro le cuesta, bien que ella suponga que se le proporcionan graciosamente: músicas por allí, colgaduras por aquí, todo revelará que en la capital de la monarquía está verificándose un acontecimiento fausto.

Efectivamente, en el santuario de las leyes resonará á la sazón una voz, que—pronunciando con alguna dificultad nuestro idioma—leerá un magnífico programa de gobierno.

Y digo que lo leerá, porque presumo que para el domingo tendremos en Madrid el *exequatur* de Roma, condicion indispensable que, si aja bastante nuestro amor propio nacional, es signo de que el jefe del Estado tiene las condiciones todas de un hijo prudente, respetuoso y digno, y no se atreve á dar un paso de tanta trascendencia sin el consentimiento de su señor padre.

De esperar es que no se repitan en ocasion tan solemne ciertas manifestaciones irrespetuosas que oscurecerian la clarísima luz irradiada por tanta magnificencia.

Y por cierto que he oido diferentes y aun contrarias versiones acerca de esos, que podríamos llamar excesos de las masas ignorantes: periódicos hay que los refieren; periódicos hay que los niegan; yo debo asegurar que no los he presenciado, y aseguro más: aseguro lealmente, que celebraría en el alma que no hubiesen ocurrido.

Y es porque yo, que, como ya he dicho diferentes veces, soy un pobre hombre, sin la malicia y la penetración suficientes para que se me alcance algo de las vias inescrutables de la diplomacia, he encontrado siempre muy sencillo decir á una persona, por más que esa persona sea un rey ó cosa parecida: «soy adversario de V.: con la pluma en el periódico, con el voto en las urnas, con la palabra donde pueda hacerme oír, y en todas

partes donde haya ocasion de combatir á V., lo haré sin tregua ni descanso: poco soy, poco valgo; pero ese poco está todo, absolutamente todo en contra de la dignidad que V. simboliza, y por ende en contra de V., dicho sea todo con el debido respeto.»

Digo, me parece que esto es mucho más claro, y sobre todo más atento que esperar á que pase para dar un silbido, que á la postre nada puede significar para quien todavía no comprende bien nuestra lengua.

Y ya que he principiado á confesar mis rarezas, no quiero terminar sin haber dicho que nuestros *monárquicos democráticos*, tendrían la culpa de esas silbas, las cuales si son ciertas—como está en lo posible—habrían alcanzado á una señora que, sean cuales fueren sus aspiraciones y sus tendencias, tiene derecho á exigir consideraciones de la proverbial galantería española.

Los partidarios del justo medio huyen con espanto de la república democrática, se alejan con horror de la monarquía absoluta, y eligen, para *finicar*, un punto que llaman justo medio, que participa de la una cosa y de la otra, con todos los inconvenientes de ambas y sin una sola de sus ventajas.

¡Pobre de mí! Cuatro años, cuatro años nada menos de vigiliás y de meditaciones me ha costado el empeño de armonizar estas ideas contrarias: *monarquía, democracia*; inviolabilidad del monarca y libertad de imprenta: y al cabo continuo hoy, como al principio, hallándolas incompatibles.

Y esto, francamente, me desespera.

Porque, me digo yo: «Pero hombre, cuando Rivero, Martos, y aquel, y éste, y el otro de privilegiada inteligencia, supieron conciliar en un momento estas cosas, yo, aun siendo infinitamente menos ingenioso que ellos, ¿no he de conseguirlo en cuatro años?»

Y hago nuevos esfuerzos, y los esfuerzos nuevos obtienen las consecuencias viejas: siempre las mismas.

«¿Queréis monarquía? Pues rodead al trono, si es posible aún—que no lo es ya, QUE NO VOLVERÁ Á SERLO—rodeadlo de ese antiguo prestigio, envolved la persona del monarca en esa especie de aureola semi-divina que obligaba á nuestros abuelos á descubrirse cuando por acaso se nombraba á su rey; que las masas se desvanecían á su vista. No prodigéis su presencia, y reconociendo que todo es efecto de teatro, estudiad los medios de aumentar la ilusion hasta que se confunda con la realidad.»

Yo, lo confieso francamente, encuentro tanta razon en todo esto, que diría á los *realistas-republicanos* ó sea *republicanos-realistas*, ó los radicales (*tour court*): Cómo ¡nos presentais un monar-

ca hecho por vosotros, sin conocimiento del país, sin amigos en él; le *democratizais*, con lo que el pueblo acaba de convencerse de que viene á ser un primer galan en la comedia política; obligais al contribuyente á que pague treinta millones á ese primer galan por su trabajo, que bien pagado no vale cuatro pesetas; y todavía le exigis que no silbe?

No lo excuso, no lo apruebo,—muy al contrario—pero convengamos en que ese es el único desahogo que se concede al público cuando le disgusta un espectáculo que ha pagado muy caro.

Decidme ahora: ¿quién tendría la culpa de esas silbas?

A. SANCHEZ PEREZ.

LA ENTREVISTA.

¡Vasallos, alegraos! Por vosotros
Vuestros señores sin descanso velan,
Despreciando los grandes sacrificios
Que vuestro amor y bienestar les cuestan.
Llenos de abnegacion, de sus palacios
La dulce paz y los encantos dejan,
Y á tratar de salvaros, van serenos
Entre el horrible estruendo... de las fiestas.
Leed las minuciosas descripciones
Que todos los periódicos insertan,
Y si no os conmovéis con su lectura,
Tendréis el corazón de bronce ó de plomo.
«Llega, dicen, el czar, y entre sus brazos
Al veterano emperador estrecha;
Y el viejo emperador, que es muy sensible,
Ebrio con la emocion se tambalea.»
Porque habeis de saber que ese czar tiene
La frente alta, la mirada fiera,
Y la sonrisa natural, que es cosa
Muy rara entre los czares, segun cuentan.
Viene luego el de Austria—y aquí os pido
Para enjugar mis lágrimas licencia;
Y entonces el de Prusia va, lo coge,
Y... zás, un beso con amor le espeta.
¡Un beso, y con amor! ¡Lástima grande
El que unidos así verlos no pueda,
Quien diga que por ellos en Sadowa
Sangre alemana enrojeció la tierra!
Por ellos no; los pueblos revoltosos
Que en ser soldados y en morir se empeñan,
Son de todas las luchas los causantes,
Porque á ellos no más les aprovechan.
Juntos al fin los tres—pero dejemos
tan larga digresion—de esta manera
Hablan, tomando un sorbo de lo caro
Mientras la hora del festin se acerca:
—«Sabéis, dice Guillermo, que la Europa
Hoy anda, hermanos míos, muy revuelta,
Y los pueblos se empeñan en ser libres,
Que es como desear su ruina cierta.
Pues bien, para curar tamaños males
Busca nuestra imperial inteligencia
En esta reunion *antipetrólica*.
—¿Que tal, os gusta la palabra nueva?
Un remedio eficaz, y es á mi juicio,
El de hacerlos felices á la fuerza.

¿No sois de mi opinion?

—¡Ole con ole!

Exclama en ruso el czar, la mia es esa.

¿Y la tuya?

—Tambien.

—Entonces, solo

Amigos míos, añadir me resta

Que, como es cosa justa que el trabajo

Tenga su merecida recompensa,

Al concluir, podremos repartirnos

En santa paz, una nacion cualquiera.

—¡Un reparto, muy bien!

—¿Dónde hay Polonias?

—Eso ya os lo diré cuando convenga.

Y pues ya está medio arreglado el mundo,

Vaya otro trago y vamos a la mesa.

Aseguran que así concluyó el prólogo

De esas interesantes conferencias.

¡Vasallos, aplaudid! Vuestros señores

Por vuestra dicha sin descanso velan.

JUAN VALLEJO.

SE DICE.....

Si no fuese por el privilegio casi exclusivo de que gozamos los españoles, de hablar siempre de lo que no entendemos, y si no fuera porque hoy la política está al alcance de todas las inteligencias, y aún alcanza todas las fortunas. Si no fuese, digo, porque es la política un instrumento como la guitarra, que todos la tocamos y ninguno sabe tocarla, jamás me hubiese yo atrevido a tomar la pluma para ocuparme en públicos negocios.

Pero ya que gozamos de este privilegio, y que entre los buenos españoles no me tengo yo por uno de los peores, quiero también echar mi cuarto a espadas, según la usanza de este país.

¿Querrá decirnos el Sr. Ruiz Gomez, ó cualquiera de los que en el asunto entienden, á qué principios económicos, patrióticos, ó siquiera de buen sentido se ajustan las hipotecas del último empréstito?

Ya se conoce que S. S. (digo S. E.) es radical, y que ha querido concluir de raíz con el ruinoso sistema de los empréstitos.

Indudablemente: el medio más seguro de evitar que el perro rabie, es el de matarle antes que presente síntomas de hidrofobia.

Así que le doy la más cordial enhorabuena, porque de hoy en adelante no creo posible que haya banquero tan desprendido que preste su dinero al Estado, sin más garantías que el crédito que pueden ofrecerle los gobiernos monárquicos españoles.

¿Saben Vds. que será cosa de echar la casa por la ventana, para irse á vivir al real palacio, el día en que los prestamistas anuncien que se alquilan sus habitaciones á precios módicos, ó que se admiten huéspedes á 8 reales, con chocolate y principio?

A fuer de buen republicano digo, que aunque tenga que hipotecar mis pantalones, mando que me reserven un cuartito, siquiera sea el del trono ó el de embajadores.

Y ¿en dónde pensarán los señores ministros alojar entonces á su rey y señor D. Amadeo? ¿Supongo que no querrán llevarle á la fonda de Barcelona, ni al Meson del Peine, ni al Parador del Sol? Le pondrán en el Hotel de París ó en cualquier otra fonda del extranjero; y casi casi mejor sería que lo pusieran en su casa, que al fin y al cabo ellos le sacaron de ella, y algo más habría valido que le hubieran y se hubiesen ahorrado esa molestia.

Debo decir á Vds., por si lo ignoran, lo cual nada tendria de sorprendente, pues los españoles somos hoy los que menos sabemos de esto, que el gobierno ha sido servido de hipotecar todos los bienes del Estado que aun no lo estaban. Ya me figuro las fincas todas enagenadas, y en ellas diálogos parecidos á estos:

—Aquí estuvo el ministerio de la Gobernacion.

—¡Gran casa! ¡Pero qué desgobernado anduvo esto cuando se gobernaba desde aquí!

—¡Pche! qué quiere V., á veces creo en la predestinacion. Tengo para mí que este edificio lo daba ya de sí. ¿Qué gobierno tendria en su cabeza el arquitecto, que se olvidó de la escalera y tuvo despues que añadirle una postiza?

—¡Oh sí! ¡bien se conoce el sello de la fatalidad!

—¿Y este?

—Este fué el ministerio de Fomento.

—¡Ah! ya caigo. ¿Aquí fué donde tanto fomento tomó la empleomanía? Verdad es que la industria, las ciencias y las letras se fomentaron muy poco; pero ya se ve, *soplar y sorber*.....

—Este fué el ministerio de la Guerra.

—Pasemos deprisa, que no puedo soportar el estremecimiento que me producen los recuerdos.

—Aquel fué el ministerio de Gracia y Justicia.

—¡Mirad cómo sonrie aun la Gracia recordando sus buenos tiempos!

—¿Qué es aquel bulto informe tan cubierto de telas de araña?

—Aquella es la Justicia, que siempre estuvo olvidada en uno de los sótanos de esa casa.

—¿Qué rojo está este edificio!

—Es de vergüenza.

—Pues hombre, no recuerdo que jamás haya sido esa una de las virtudes públicas.

—Es que este fué el ministerio de Hacienda.

—¡Ah! ¡Pobrecita! ¡Qué enfermedad tan fulminante la que la llevó al sepulcro!

—Fulminante en sus últimos momentos. Pero era ya muy antigua. Sí, fué un cáncer el que la corroyó lentamente. Cuando espiró no tenía más que la corteza; el corazón hacia ya algunos años que le habia perdido.

—¿Qué desgracia! ¡Ni un sólo hombre capaz de estirparle de raíz!

—¡Cá! algunos pretendieron hacerlo; pero amigo, exhalaba un olor tan fétido, desprendia tal cantidad de miasmas deletéreos, que en cuanto asomaban la nariz por esas puertas ya los tenia usted atontados. Tampoco faltó quien quisiese hacer la operacion, y al desbridar los abusos se aturdió de tal modo, que en vez de cortarlos, cortó por lo sano, dejándolos sueltos hasta que concluyó con ella.

Radical fué el último operador; ¡pero estaba ya tan mala, que no se nutria por más alimento que tomaba!

Aquí entraban á carros la hacienda de todos los contribuyentes; pero ¡ay! eran ya inútiles todos los esfuerzos.

Un día el médico nos dió alguna esperanza. Nos dijo que poniéndola un reparo de mil millones, quizás se lograria reanimarla.

El país, que tenia sus ojos puestos en ella, no vaciló en hacer cuantos sacrificios se le exigieron; empenó hasta la camisa para poder reunir aquel *bizcocho*. Mas ¡oh destino fatal! El peso sólo del reparo bastó para aniquilarla, y murió, dejando al país como puede V. suponerse.

¡Ojalá no digan algo peor de nosotros—que sí podrán decirlo—las generaciones venideras.

J. LLEDÓ.

TEATROS.

TEATRO DE LA ZARZUELA.—*El motin contra Esquilache*, zarzuela nueva, en tres actos, en verso y original.

El motin contra Esquilache es efectivamente—y como el cartel *reza*—una zarzuela nueva, en verso, original (¡y tan original!); lo que no es, ni ha sido, ni será, aunque tambien el cartel *lo rece*, es aplaudida.

El público imparcial, el que paga su asiento muy caro siempre, menos alguna noche de estreno en que lo paga más caro todavía; ese público que oye sin predisposicion, que va al teatro sin enemistad con tal ó cual poeta, sin rancor contra éste ó el otro artista; ese público, repito, escuchó la obra en silencio, la encontró poco agradable, y salió diciendo con razon: «Vamos, la primera funcion de la temporada ha costado carita, eso sí; pero en cambio me ha parecido bastante mal.»

Como á nadie es dado traspasar los límites de sus facultades, no esperaba yo que los autores de *El motin contra Esquilache* presentaran un cuadro magistral del estado de España en aquella época, parecido al magnífico de Schiller en su Guillermo Tell; pero sin pasarse de exigente, parece que el público podia pedir algo más á tan discretos como celebrados escritores.

Pero, señor, ¿por qué llaman á esa obra *El motin contra Esquilache*, y no *La marquesa tonta* ó *El caletero sensible*, como parece más propio y más oportuno?

Y es que—sin género de duda—cuando las personas de talento hacen un disparate, no saben dejarlo á medio hacer y resulta siempre de los de grueso calibre.

Figúrate, si puedes, lector piadoso, á un ministro algo entradito en años, pongo por caso como Zorrilla; figúratelo, repito, en una noche de revolucion; suponte que por todo Madrid se oye solamente: ¡*Muerre el ministro! ¡abajo el extranjero! ¡abajo el italiano!* ú otras frases parecidas; é imagina que mientras todo esto pasa, Ruiz Zorrilla, en una casucha del Rastro se postra de hinojos ante una bella, y derramando lágrimas la canta aquello de *sol de mis amores, vida de mi alma*, etc., etc.; vamos, sé franco, ¿á que sueltas la carcajada?

Pero los autores no se contentan con presentarte ese caprichoso y nunca visto retrato de no sé qué original desconocido, sino que remachan el clavo sacando á relucir, en pos del ministro, un *caletero*, que ya me río yo de todos los Amadises y Beltenebros de la andante caballería.

¡Aquello es canela!

¡Ingrata! cruel, me despedazas el alma, es inmenso mi amor... ¿qué sé yo cuántas cosas canta aquel bendito caletero, que no parece sino que le inspira un poeta romántico; es de advertir, que hace dos ediciones distintas de esta expansion amorosa; una en casa de su adorado dueño, y otra en la antecámara real, á donde se juntan precisamente Juan y Soledad para hacer las paces, tomando de aquí pretexto para *soltar* un duo que es lo que hay que oír; porque es cosa probada que en tiempo de Carlos III, la real antecámara era el punto señalado por la costumbre para las citas amorosas de las manolas y los chisperos.

Con decir que estos dos rasgos son de los menos infelices de la zarzuela, parece excusado continuar.

La decoracion del acto segundo está bien hecha, pero cualquiera piensa que en aquel tiempo salía el sol para Madrid por donde ahora se pone; la luz del sol naciente daba entonces en San Gerónimo como da hoy la del sol Poniente. Veán Vds. un fenómeno, cuya explicacion sería difícil al más aventajado astrónomo del observatorio.

Uno.

Á SANCHO EN LA ÍNSULA.

Si alguna vez, monarca de repente, llega hasta tí la voz de un caballero, y tu propia torpeza lo consiente,

Escucha á un enemigo, que sincero, quiere mostrarte la opinion completa respecto á tu reinado pasajero.

Si mi franqueza ruda no te peta, óyeme, y vencerás más de una duda, porque la adulacion es indiscreta:

Quien te condena, en la razon se escuda; mas no temas perfidia en nuestra gente, que siempre fué tan noble como ruda.

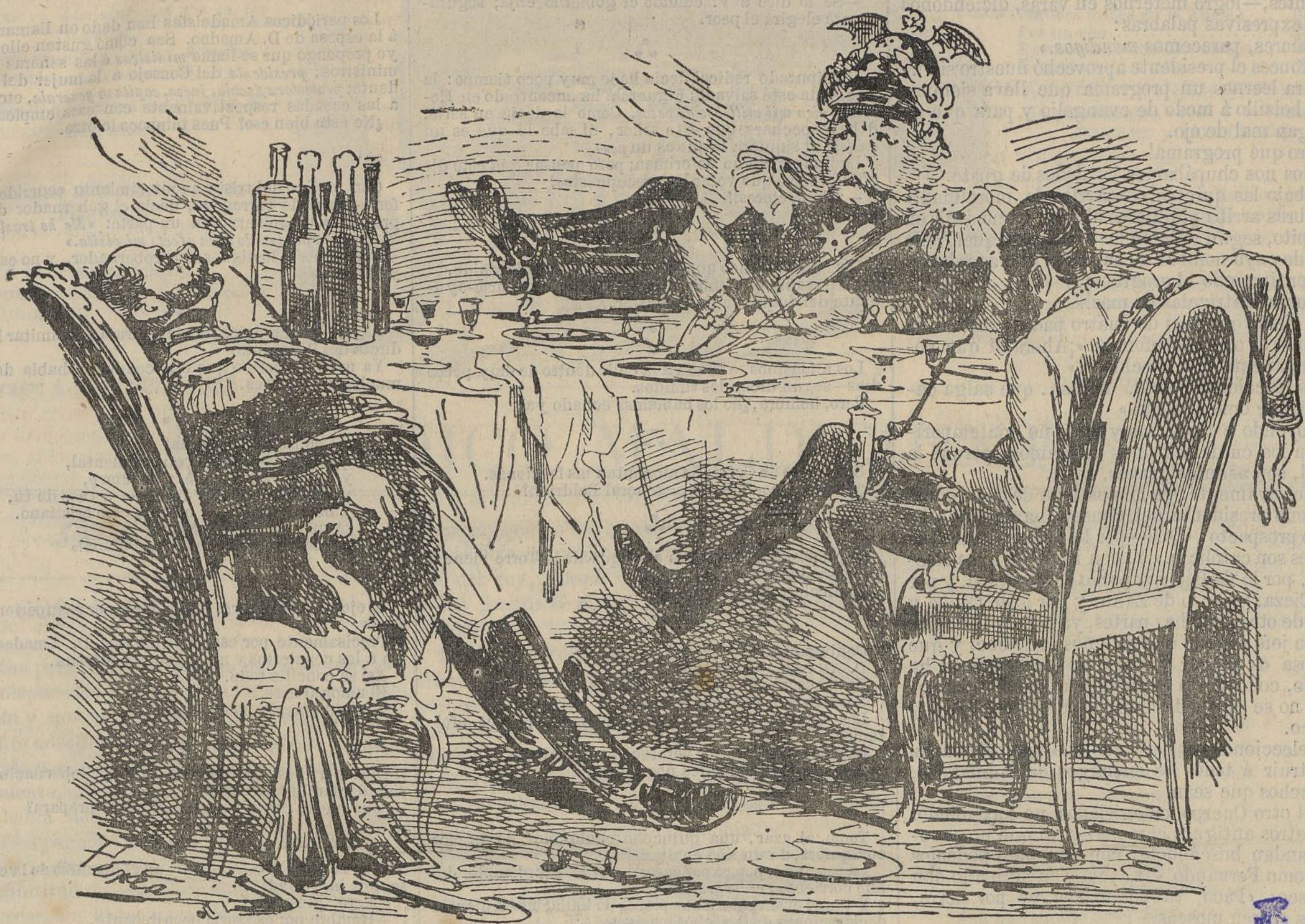
Teme, sí, que en palacio se te afrente, que tahures políticos te vendan, porque esto en nuestra historia es muy frecuente.

No temas que las iras te sorprendan de un pueblo altivo, independiente y bravo, por más que tus deseos se comprendan.

Pero te hicieron rey, y al fin y al cabo, ni tú eres insular ni lo pareces; con esto ni te ofendo ni te alabo.

Y tú haces un buen rey, y tú mereces reinar, allá en Marruecos ó en Turquía, porque en esta nacion no prevaleces.

PRIMERA CONFERENCIA.



¡Puf!... DESCANSEMOS: YA ESTÁS SALVADA, EUROPA.

HEMEROTECA

Tú te exhibes un día y otro día
y haces por que nos rinda tu figura;
pero nadie te dice «¡Ave María!»

Tal vez los vendedores de verdura
ó un terrible escuadrón de cigarreras,
y otra vez entre tanta criatura

Como sigue tus glorias callejeras,
te rindieron humildes el tributo
de silbidos y voces y carreras.

Tú te hiciste taurómaco, sin fruto,
creyendo seducirnos de este modo;
fuiste ginete sobre el noble bruto.

Pisando nieve y salpicandolodo,
á pasar las revistas militares,
pensando en conservar el acomodo.

Tú en los toros cigarros á millares,
petacas y billetes arrojabas
á los hijos de Curro y Costillares.

Tú delante del mundo te bañabas
codeando al besugo bullanguero,
y hasta con las merluzas alternabas.

Tú, cuando puedes, eres el primero
en teatros y fiestas y jolgorio,
llevando en ristre el lábio y el sombrero.

Prodigando sonrisas de Tenorio
á las damas que encuentras á tu paso
y sombrerazo firme al auditorio.

Tú hiciste en todas partes el payaso,
digno retoño de tu régia casta,
que miro ya muy cerca del ocaso...

Pero acabemos, para broma basta;
ya será más longámine otro día,
Adios jóven; memorias á María,

que parece mujer de buena pasta.

MATE.

LAS NOCHES DE LA TERTULIA.

(TRADUCCIÓN DEL RADICAL.)

Pepe era un jóven indio, de la tribu de los de
Coria y de la familia de los de Capirote.

Sus primeros años se habían deslizado tranqui-
lamente entre los arrullos de un obispo carnal,
los cuidados de un canónigo de cria, y los desve-
los de un ama del cabildo de su pueblo.

Entre tan dulces afectos creció Pepe, conser-
vando de sus primeros años la inocencia y las vani-
dades. En resumen, era casi casi conservador.

Pero como no hay hombre sin hombre, vivía
oscurecido el mancebo, hasta que una mano ami-
ga le sacó de su inacción y le amaestró en li-
bertad.

Pepe se hizo tribuno y progresista, y Esparte-
rista, y Genovista, y Amadeísta, y hasta radical
y mártir, y—sobre todo y antes que todo—miem-
bro de la Tertulia.

Desde entonces, ¡qué noches tan deleitosas
hemos pasado todos los miembros! porque la Ter-
tulia es un espectáculo nocturno y reservado á
los que tenemos el singular capricho de llamar-
nos radicales.

¡Qué discursos hemos pronunciado! ¡qué planes
rentísticos hemos concebido, cuánto chascarrillo,
cuánta anécdota nos han referido Picatoste y An-
gulo, y Mañanas y Milans! ¡Qué agradablemente
hemos pasado las primeras horas de la noche,
para retirarnos despues á cenar nuestro guisado
correspondiente y nuestra ensalada, y á entregar-
nos en brazos de Morfeo, nuestro dios progresista.

Recordando que ha sido la Tertulia, hasta nos
parece pálida tal como es. La animaban mucho
Sagasta y su correspondiente cuadrilla de bande-
rilleros.

Y eso que nos quedan Córdova y Alaminos, que
á lo ménos son dos *hombres generales*, y con ellos
y con los compromisarios que hablan, estamos
muy distraídos estas noches.

Don Fernando anda algo malo estos días; pero
no será cosa de cuidado—mediante Pepe—porque
peor le vimos ya en 45 y en 54, y sin embargo,
está hoy en el mundo y en la Tertulia, que es
como quien dice: estar en el limbo.

Volviendo á las noches de la Tertulia, bien po-
demos asegurar que dejan muy atrás á las *Noches*

lúgubres, de Cadalso, y á las *Tardes de la Gran-
ja*, y á las *Mañanas de Abril y Mayo*, y á toda
esa colección de libro: que aquí no conocemos.

¡Qué entusiasmo! ¡qué aplausos! ¡qué de voces
y qué de puñadas, y qué de pisotones hubo en
aquella noche famosa en que nos dijeron al poco
más ó ménos:

—«¡Radicales, á defenderse!» no olvideis estas
memorables palabras.

Y dicho y hecho: nos fuimos al galope hácia el
retrato de D. Amadeo, y hombre hubo que se le
hubiera comido si le dejamos.

Pues, ¿y cuando á grandes voces nos participa-
ron lo de la *chusma*?

Todos, incluso el presidente, perdimos los es-
tribos aquella noche, y nos suscribimos por un
trimestre á *El Imparcial*.

Pero entre todas las noches memorables, nin-
guna como la del triunfo, cuando fuimos llama-
dos al poder por S. M. (Q. D. y la C. G.) y S. M.
la reina doña María Victoria y sus augustos hijos
SS. AA. RR. y RR. (Reales y radicales.)

La Tertulia como un solo sócio victoreó á los
reyes, y hubo limonada, y nos repartimos los em-
pleos como buenos radicales.

Uno decía: «Yo quiero ir á Puerto-Rico, para
moralizar aquel país; porque es escandaloso que
los gobiernos anteriores hayan consentido

Que el aguardiente de caña
lo llven á Puerto-Rico,
y repiquen las campanas
como si fuera el obispo.»

Otro exclamaba: «Es preciso que yo meta la ca-
beza en palacio.»

Y añadía un tercero: «Lo que es la embajada de
Constantinopla no es para nadie más que para
este cura.»

Quién pedía la cruz de Carlos III: quién la ca-
beza de Sagasta.

Y todos gritábamos y nos repartíamos el motín.
Solamente D. Manuel recuerdo que se conser-
vaba puro é invulnerable, encerrado en su mo-

desta posición de presidente del Consejo, encargado de la formación de la compañía.

Al cabo Pepe,—el héroe de mi historia, á quien he abandonado para hablar de asuntos más importantes,—logró meternos en varas, diciéndonos estas expresivas palabras:

«Señores, parecemos *méndigos*.»

Entonces el presidente aprovechó nuestro silencio para leernos un programa que lleva siempre en el bolsillo á modo de evangelio y para que no le hagan mal de ojo.

¡Pero qué programa!

Todos nos chupábamos los dedos de gusto.

«¡Abajo las quintas!» «¡Arriba la moralidad!» «Hombres arriba y mujeres abajo,» como decían en el púlpito, según refieren las crónicas, aquel fraile tan... de cuyo nombre no hay para qué acordarse.

Y continuando el programa:

«¡Fuera matrículas de mar!»

Por cierto que más de cuatro padres de familia pensamos al oír esta reforma: «¡Ahora sí que podemos dar carrera á los chicos!»

«Las elecciones libres... libres... que salga cada cuál por donde pueda.»

En oyendo estas cosas y lo de no contemporizar con los curas, algunos vacilamos; porque la verdad, son asuntos graves, y....

Y efectivamente, ya hemos oído después cómo el mismo presidente del Consejo ha dicho en su último prospecto: «Que—por lo ménos—nuestras mujeres son católicas.» Y, con respecto á las elecciones, por lo de Béjar, y por lo de Fregenal, y por lo de Cieza, y por lo de Zafra, y por lo de Cádiz, y por lo de otras muchas partes, ya hemos visto que nuestro jefe sabe lo que más nos conviene, y que una cosa es ofrecer y otra cumplir lo que se ha ofrecido, como decía Sagasta, que en asuntos políticos no se le puede negar que es habilidoso y práctico.

Las elecciones nos han dado una mayoría capaz de destruir á todos los enemigos del ministerio, por muchos que sean.

En el otro Cuerpo colegislador no hay miedo: de nuestros antiguos camaradas, al que no es senador andan buscándole; con que bien podemos decir como Fernando VII decía á su hermano don Francisco: «Paco, tú por mar y yo por tierra, que nos entren moscas.»

MATE.

MISTERIO.

—Zorrilla tiene un proyecto

—¿Será grande?

—Maravilla.

—¿De efecto?

—De mucho efecto.

—Es mi manjar predilecto

un proyecto de Zorrilla.

—Proclama la...

—No, señor.

—¡Yal! ¿Restaura...?

—¡Desvarío!

—¿Dá pasaporte?

—¡Qué error!

—¿Se declara?

—Amigo mío,

es cosa mucho mejor.

—¿Sí?

—Teme que en el Congreso

ha de haber mucho camueso.

—¿Eso teme? ¡beberia!

hay una gran mayoría

progresista.

—Pues... por eso.

—¡Ah!

—El proyecto es... de ley;

pues si la cruzada grey

libre y sin freno se deja,

ha de enseñar á su rey...

—¿Qué?

—La punta de la oreja.

—Acabe usted; ¿qué medita

el ministro cenobita

para evitar esos males?

—Poner á los radicales...

—¿Qué?

—Lo que usted necesita.

SALTO.

PIEZAS JUGADAS.

Diez y seis comisarios régios de agricultura he visto nombrados en la *Gaceta*.

Ménos mal: ya no nos falta todo.

Tenemos ya los comisarios régios, solamente nos falta la agricultura.

Háblase de disolver la guardia de D. Amadeo.

Es lástima: eran muy lindos los uniformes.

Becerra y Figuerola se disputan la presidencia del Senado.

—¿Cuál de los dos es el más bueno?

—Modifique V. la pregunta. ¿Cuál de los dos es el más malo?

—Se lo diré á V. cuando el gobierno elija; seguramente elegirá el peor.

Un diputado radical decía hace muy poco tiempo: la Hacienda está salvada; Figuerola ha encontrado en Holanda cien mil millones de pesos. Como lo decía en serio, debe sospecharse que este señor, ni sabe lo que es un millón, ni siquiera lo que es un peso.

La ignorancia no es crimen; pero pensar que este diputado tiene que votar los presupuestos!

—¡Oh electores!!

Dice un periódico que el Sr. Solís ha sido detenido.

Yo no sabía que hubiera sido más que secretario-ayudante del duque de Montpensier.

Los alfonsinos se echan á la calle dentro de muy pocos días—según dicen los tímidos.

Pero, hombre, ¿no los habíamos echado ya?

Dicen que en Cataluña aumentan las facciones.

¿Tendrá conocimiento el general Baldrich?

A propósito de partidas: el duque de la Torre viene á ponerse al frente de sus amigos.

Radicales, ¡marchen!... ¡Ar!...

Conjugación:

D. AMADEO.—Yo me afeito.

EL PELUQUERO PRATS.—Tú te afeitas.

LA SEÑORA...—Ella no se afeita.

LOS ACTORES DE JOVELLANOS.—Nosotros no nos afeitamos.

EL PUBLICO.—Vosotros vereis como os afeitais.

EL PAÍS.—Los radicales nos afeitan.

Tomo, al azar, una quincena cualquiera, de un mes cualquiera, de un año cualquiera.

La segunda, pongo por caso; de Julio, por ejemplo; del año corriente, *verbi gratia*.

Y tengo el singularísimo placer de hallar las siguientes declaraciones de derechos pasivos:

Excmo. Sr. D. Cristóbal Martín de Herrera, 7.500 pesetas. D. Mariano Valero y Soto, 10.000 idem (digo idem por no repetir pesetas), y así sucesivamente hasta unas 60.000 idem.

Punto y aparte.

Ahora echemos un cálculo.

Sesenta mil pesetas por quincena, suponen, poco más, poco menos, millon y medio de pesetas al año: número redondo, seis millones de reales.

Y averiguado, como está ya, que los cesantes y jubilados con derechos pasivos nunca se mueren, al cabo de diez años habrá de aumentarse al capítulo de clases pasivas, *sesenta millones* de reales.

Vengan Vds. ahora diciendo que los maestros de escuela se mueren de hambre.

El juez del distrito de Puenteareas suspendió al alcalde y al secretario del ayuntamiento para sacar diputado al Sr. Bugallal, que por cierto es alfonsino.

Lo de la suspensión otros lo han hecho, de suerte que, este señor juez, para distinguirse de los otros, ha fundado la suspensión en razones de gran calibre.

Allá van algunas: y... firmes para no caer de espaldas.

El alcalde y el secretario habían acudido á una manifestación.

El susodicho alcalde y el mencionado secretario habían hecho alarde... (*no se sabe de qué*).

Y así... otras varias.

Advertencia. Este señor juez se llama Sandías.

¿Sandías, eh? Pues basta.

Oyendo un progresista que D. Amadeo rechazaba cuanto proyectos de discurso se le ofrecían, exclamó indignado:

—¡Tantos meses en Madrid, y todavía no sabe leer un discurso!

Ya pareció el Terso.

Se estaba aguantadito en Saint Sauveur.

¿Si estaría tomando aquellas aguas?

Parece que son las indicadas para combatir la esterilidad.

En Baviera no hay un general que quiera encargarse del ministerio de la Guerra.

¿Qué envidia tendrán los bávaros á los españoles!

Dicen que un opulento capitalista piensa encargar á Tamberlik de dirigir la construcción de un teatro.

Presumo que después encargará á un arquitecto de formar una compañía de ópera.

El príncipe Arturo de Inglaterra está escribiendo una serie de artículos en un periódico de Londres.

Pobre príncipe, dirá el conde de Cheste, ¡haber descendido á foliculario!

Los periódicos Amadeístas han dado en llamar *Reina* á la esposa de D. Amadeo. Sea como gusten ellos; pero yo propongo que se llame *ministras* á las señoras de los ministros; *presidenta* del Consejo á la mujer del presidente; *promotora fiscal*, *jueza*, *capitana general*, etc., etc., á las casadas respectivamente con esos empleados.

¿No está bien eso? Pues tampoco lo otro.

Con motivo del triste acontecimiento ocurrido en el ferro-carril de Tarragona, decía el gobernador de esta provincia al gobierno en un parte: «*Me he trasladado á Tortosa; ha producido buen efecto mi visita.*»

Basta que V. lo diga, señor gobernador, y no esperaba yo ménos.

Algunos sacerdotes franceses tratan de imitar la conducta del P. Jacinto.

Ya me figuraba yo que esa conducta había de tener muchos imitadores.

Conozco á un radical que sirve un cargo gubernamental, y escribe ayer con *h*, y col con *q*, y cuando almuerza le habla á Dios de tú, y no hay cruz que no pida este cristiano. ¿A qué por estas señas no me dicen ustedes: «Es Fulano?»

El ejemplo del ahorro ha de darse por el superior al inferior.

Precisamente por eso, se dice que D. Amadeo asistía á los conciertos y no pagaba la entrada.

Así se concilia todo.

El amor al arte.

Y la tendencia á la economía.

Diez porteros del ministerio de la Gobernación han sido declarados cesantes.

¿Qué nueva combinación política se prepara?

Dice *La Correspondencia* que en el discurso de la corona se dice la verdad.

—Pero, ¿desnuda?

—Hombre no; eso sería poco decente.

Enfermó Ruiz Zorrilla por una indigestión de camarilla. Ruiz Zorrilla sanó cuando el discurso régio se firmó. Todos *se* mortales y *frágiles* en puestos oficiales.

En el Circo de Paul representan *Mambrú*.

—¿Quién será *Mambrú*?

—Yo ya me lo malicio... pero... no digan Vds. nada.

El obispo de Jaén llamó *miserables*—¡Oh bondad evangélica!—y declara suspensos de confesar y predicar á los curas que juraron la Constitución.

Con este motivo, se dice que los presbíteros de aquella diócesis se han declarado en huelga.

No siento yo que me dejes, Ni siento yo que te vayas; Lo que siento es que te llevas

Una porción de millones que nos están haciendo mucha falta.

Dice un colega que entre los proyectos que el ministerio piensa presentar á las Cortes, se encuentra el de la ley de *sospechosos*.

Sospecho que lo votarán muchos de quienes nada se tenga ya que sospechar.

No apareció el cometa, ni hubo guerra; Pero apenas el susto se nos pasa, Cuando ya anuncian un temblor de tierra... ¡Dicen que Coronel y Ortiz se casa!

El Consejo de Estado dispuso que, cumpliendo las ordenanzas municipales, se *remetiesen* todas las rejas salientes en la villa de Linares.

El señor alcalde popular de aquella localidad ha oído la orden del Consejo de Estado como quien oye llover, y ha decidido por su parte que las rejas continúen en el estado en que se hallaban.

Ha hecho bien, para eso es alcalde; pues si había de hacer lo que el Consejo de Estado quisiera, ¿de qué le servía ser alcalde?

Ustedes verán cómo, en cambio, se apresura á hacer cualquier reforma que á muchos disguste y perjudique á todos.